

vuelta en Siria, donde hacía los preparativos de una nueva expedición, dirigida al parecer contra los partos, pero en realidad contra el rey de Armenia. Allí supo que su esposa había llegado ya á Atenas, y como Octavio había previsto, le ordenó que no pasara adelante.

Octavia adivinó sin esfuerzo los motivos de una orden tan ofensiva; con todo eso, no le replicó, limitándose á preguntarle adónde quería que le enviara lo que ella misma hubiera querido llevarle: eran trajes de guerra para los soldados, gran número de bestias de carga, dinero, presentes para sus oficiales y amigos, y finalmente, dos mil hombres escogidos equipados tan galanamente como los de las cohortes pretorianas.

Las intrigas de Cleopatra, sus afectaciones y ardidés hicieron que se malograsen tan nobles propósitos y esfuerzos: fingió primero tristeza, y luego abandono y al fin odio á la vida, amor á la muerte, de tal modo que el ciego Antonio



Tolomeo Cesarión (1)

llegó á temer una resolución desesperada. Con esto, no se atrevió á romper sus cadenas; y ella, á fuer de astuta y precavida, todavía remachó sus hierros no dejándole hacer aquel año la expedición á la Media, no fuera que por este camino se le escapara (35).

A la vuelta de Octavia á Roma, le ordenó su hermano que abandonara la casa de su indigno esposo. La virtuosa dama se opuso á ello y continuó educando á sus hijos é hijastros sin hacer diferencia de ellos; y cuando llegaba á la ciudad algún amigo de Antonio, bien á solicitar un cargo, bien á hacer cualquiera otra gestión, lo recibía honorablemente en su casa y hacía valer en favor del pretendiente todo su valimiento con su hermano. Pero esta noble conducta iba contra su objeto, como quiera que el contraste de tanta virtud por una parte y tanta injusticia é indignidad por otra, aumentaba contra Antonio el odio público.

El año siguiente hizo éste una breve expedición á la Armenia. Delio le había precedido con pretexto de pedir para un hijo de Antonio y Cleopatra la mano de una hija del rey Artavasdes, pero en realidad para adormecer la vigilancia de este príncipe. Antonio penetró hasta Nicópolis, en la Armenia Menor, é invitó al rey á pasar á entenderse con él sobre la expedición contra los partos.

A pesar de todas las seguridades que al propósito le daba, Artavasdes hubo de temer alguna traición; con todo eso, cuando supo que el triunviro marchaba hacia Artaxata,

(1) De un bajo relieve del templo de Denderah.

creyó que podría conjurar la tempestad acudiendo á la invitación y pasó á ver á Antonio. Este lo cargó de cadenas de oro y lo arrastró á Alejandría, adonde Antonio entró en triunfo.

Todas las obras de arte que los procónsules habían dejado en Asia fueron á embellecer la nueva capital del Oriente, sin que se olvidaran por allá los doscientos mil volúmenes de la biblioteca de Pérgamo, que también pasaron á la de Alejandría.

Roma se dió por ofendida de este agravio á sus derechos; pero el triunviro había olvidado ya que era romano. A poco de esto, hizo erigir un tribunal de plata y en él dos tronos de oro, uno para sí y otro para Cleopatra. Luego la declaró reina de Egipto y de Chipre, asociándole á Cesarión, y dió el título de reyes á Alejandro y á Tolomeo, los dos hijos que había tenido de ella; al primero con la Media, la Armenia y el reino de los partos que consideraba ya como conquista suya; y al segundo con la Fenicia, la Siria y la Cilicia. Además señaló por dote á la hermana de estos príncipes, hija suya también y de Cleopatra, cuyo mismo nombre tenía, la Libia vecina de la Cirenaica; dote que debía aportar á su concertado matrimonio con el rey de la Mauritania Yuba II.

Como final de tan solemne fiesta, presentó después al pueblo á los dos príncipes, Alejandro con la túnica médica y la tiara; Tolomeo con el manto y la diadema de los sucesores de Alejandro.

Los nuevos reyes no se presentaron ya en público, sino escoltados por numerosa y galana guardia de macedonios ó asiáticos. El mismo Antonio dejó la toga romana por una túnica de púrpura, y se le vió, como los monarcas de Oriente, ceñido de diadema real, con su cetro de oro en la mano y su cimitarra al cinto; ó bien recorría con Cleopatra las calles de Alejandría, ora en traje de Osiris, ora vestido de Baco, coronado de guirnalda, calzado de coturno, y con el tirso en la mano.

Había hecho de los legionarios guardias y servidores de la reina, cuya cifra llevaban sus escudos; y en las monedas se veía el doble busto de Antonio y de Cleopatra. Menester era que la necesidad de un soberano fuera imperiosa para que este insensato encontrara cien mil hombres que quisieran combatir aún á fin de darle el imperio.

Un día, sin embargo, se acordó de Roma y tuvo la poca aprensión ó el sobrado cinismo de pedir al senado la confirmación de todos sus actos. Los cónsules en ejercicio entonces, Domicio Ahenobarbo y Sosio, con ser amigos suyos, no quisieron dar lectura de sus temerarios despachos.

Y mientras Antonio se deshonraba en Oriente ¿qué hacía Octavio? Ya lo hemos dicho: gobernaba; daba á Italia el reposo de que tenía hambre y sed. Para tener el derecho de hacer útiles innovaciones, Agripa por empeño de Octavio aceptó, caudillo tantas veces victorioso, y consular y todo, el modesto cargo de edil (33), y luego al punto emprendió inmensos trabajos: reparó los edificios públicos, los caminos y las fuentes. Algunos acueductos se habían hundido; él los reconstruyó, y aun hizo otro nuevo, el *Aqua Julia*. Obstruidos los albañales, habían venido á ser causa de insalubridad; él recorrió en una barca su arteria principal, y tomó eficaces disposiciones para su curso y limpieza. Abrió al público ciento sesenta establecimientos balnearios gratuitos y adornó el circo con delfines y señales de forma oval, que marcaban el número de las carreras (2).

(2) Era menester dar siete vueltas para ganar el premio de la carrera. A cada vuelta, se bajaba uno de los delfines y un huevo de los siete. Plinio dice de Roma á propósito de los albañales: *urbe pensili, subterque navigata* (XXXVI, 24).

Para acabar la reconciliación del pueblo con el triunviro, celebró juegos que duraron cincuenta y nueve días, y en el teatro, arrojó billetes, que se cambiaban por dinero, ropas y otros donativos para el pueblo. Ya antes de las fiestas había hecho distribuciones gratuitas de sal y de aceite, y abandonado en la plaza pública inmensa cantidad de géneros, que la agradecida multitud se repartía.

Aquel rudo soldado creía en la benéfica influencia del arte, y compraba cuadros para colocarlos en los sitios



Cleopatra Selene, hija de Antonio y de Cleopatra (1)



Yuba II, rey de Mauritania, esposo de Cleopatra Selene (1)

públicos; y en tiempo de Plinio, se conservaba de él un magnífico discurso sobre las ventajas que resultarían de sacar las obras de arte de su reserva en las quintas de los ricos para reunir las en exposiciones permanentes (2). La pirámide de Cestio es de aquella época.

Ni faltaba á aquel gobierno, preocupado del interés público, la gloria militar, pero lograda en expediciones necesarias. Si Octavio habló de una expedición á Bretaña fué para levantar los ánimos que las guerras de César, de Pompeyo y de Antonio á los extremos del mundo habían hecho insensibles á las empresas modestas; se proponía también, dejando cundir estos rumores belicosos, hacer valer un pretexto para conservar fuerzas considerables sobre las armas. Había comprendido ya que en vez de lanzarse á lejanas conquistas, debía Roma someter á los bárbaros situados á sus puertas; que era preciso dar seguridad á Italia y á la Grecia domando á los piratas del Adriático y á las tribus levantiscas é indóciles establecidas al Norte de las dos penínsulas.

Después de una momentánea aparición en Africa para consolidar allí su poder, llevó sus legiones contra los ilirios, proponiéndose alejar á sus soldados de Italia, donde se



Agripa



Cleopatra (3)

daban á la molición, y fortalecer su disciplina en una guerra extranjera, para tenerlos dispuestos, sin molestar al pueblo, á la lucha inevitable con Antonio.

Los yapodos, los liburnos y los dálmatas, quedaron fuera de combate, derrotados por las legiones de Octavio, el cual corrió aquí, sin embargo, un gran peligro. En el sitio

(1) Visconti, *Iconog. griega*, III, p. 55.

(2) Dion (XLIX, 43) menciona la disposición de Agripa, expulsando de Roma á los astrólogos y magos que la explotaban, y un senadoconsulto prohibiendo citar á un senador en justicia, *ἐπὶ ληροῖς*, por bandolerismo. Este pasaje ha dado margen á muchos comentarios. Yo creo que aquí hay que ver el principio de la reforma, iniciada por Octavio y acabada por Augusto, haciendo á los senadores justiciables sólo ante el mismo senado.

(3) Busto diademado, rodeado de una inscripción latina.

de una plaza fuerte, defendida desesperadamente por los yapodos, hubieron de huir un día sus tropas ante el empuje del enemigo. Entonces Octavio tomó un escudo y avanzó solo por el puente de madera que conducía á la muralla.

Al ver el inminente peligro que corría su general, avergonzados de su huida volvieron los soldados y se precipitaron en tanto número en el puente, que éste cedió y se vino abajo con todos ellos hiriendo gravemente á Octavio. Era una elocuente contestación á los que, durante la guerra civil, dudaron de su valor.

Los Alpes no dejan más que una puerta ampliamente abierta sobre la Italia del Norte, la que los Alpes Julianos defendían tan mal. Para guardarla bien, fué Octavio, montes allende, á establecer guarniciones en el valle del Save, donde tomó la plaza fuerte de Siscia, habiendo sometido parte de los panonios. En el valle de Aosta reprimió el bandolerismo de los salases, y si no los domó aún, dificultó sus correrías con la fundación de dos colonias que vinieron á ser *Augusta Taurinorum* (Turín) y *Augusta Pretoria* (Aosta). Finalmente, en Africa, habiendo muerto el último príncipe de la Mauritania cesariana, agregó sus posesiones á la provincia. Agripa y Mesala probaron otra vez más sus talentos en estas guerras (35-33).

## II. - RUPTURA ENTRE OCTAVIO Y ANTONIO (32-30).

Así, pues, de los dos triunviros, el uno daba países romanos á una reina bárbara, y el otro aumentaba el territorio del imperio: aquél destinaba á Alejandría los tesoros, las obras maestras y las ventajas todas del Oriente; éste como en los buenos días de la república, adornaba el Foro con groseros mas gloriosos despojos y empleaba el botín de la guerra contra los dálmatas en fundar el pórtico de la *Biblioteca Octavia*.

Sin embargo, Antonio se quejaba todavía: el 1.º de enero del año 32, el cónsul Sosio reprochó en su nombre á Octavio haber desposeído á Sexto Pompeyo y no compartido con su colega las provincias del vencido, y de haber distribuido á sus soldados todas las tierras de Italia, sin reservar nada para las legiones de Oriente. Añadía que Antonio estaba dispuesto á devolver al pueblo los poderes que le habían sido confiados, si el otro triunviro le daba el ejemplo.

Estaba entonces Octavio ausente de Roma, y algunos días después se presentó en el senado acompañado de soldados y de amigos armados bajo sus togas.

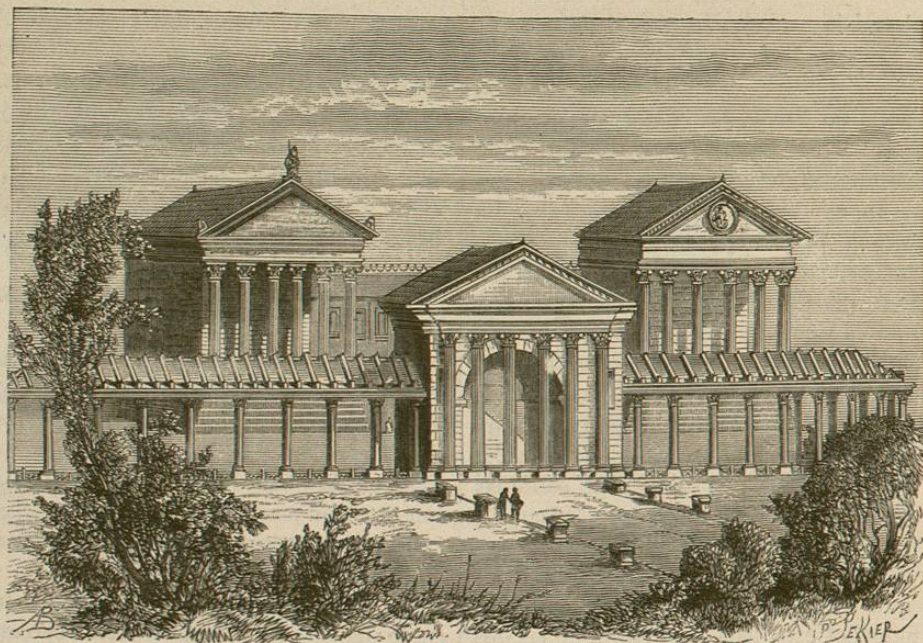
A las acusaciones del cónsul, contestó satisfactoriamente diciendo que, habiéndose mostrado Lépidio tan inepto como cruel, lo había reducido justamente á una condición privada; que si había agregado la Sicilia y el Africa á las provincias occidentales, Antonio se había adjudicado el Egipto; que fuera de esto, tenía Antonio con qué indemnizar á su ejército y á sí mismo con las brillantes conquistas que había hecho en Asia; pero que prefería prodigar á Cleopatra y á los hijos de esta reina los tesoros y las provincias de Roma, cuyo nombre deshonraba con su conducta y con su perfidia para con Sexto y Artavasdes (4).

Después de esta declaración que anunciaba el rompimiento de los dos triunviros, los dos cónsules amigos de Antonio salieron de Roma con muchos senadores y fueron á dar cuenta de lo ocurrido á su patrono. Estaba á la sazón en Armenia, á cuyos pueblos quería obligar á rescatar á su

(4) Plutarco, *Anton.* 55; Dion, L, 1, 3. También le echó en rostro enérgicamente haber reconocido á Cesarión por hijo de César y de haberlo declarado miembro de la familia Julia.

rey entregando sus tesoros; pero los armenios prefirieron proclamar al hijo del real prisionero, Artaxias, que por desgracia no pudo defenderse y huyó al lado del rey de los partos Frahates IV. A fin de asegurarse la alianza del rey de los medos, dióle Antonio parte de la Armenia, sellando el tratado con el casamiento de la hija de este príncipe y su hijo Alejandro. En cambio, el rey medo le devolvió los estandartes ganados á las legiones en la expedición del año 36 y suministró al triunviro algunos jinetes y un subsidio.

A la noticia de las declaraciones de Octavio en el senado, Antonio se decidió á combatir, ordenando á su teniente Canidio que reuniera todas sus fuerzas de tierra, y por más que se haya dicho de su molición y de su incuria, ello es que tenía aún diez y seis legiones dispuestas á entrar en



Pórtico de Octavio (Restauración de Duban).

Muy presto se echó de ver su influencia en la lentitud de los preparativos. Las fiestas volvieron á empezar; y mientras de la Siria á la Laguna Meótide, y de la Armenia á las costas del Adriático, reyes y pueblos estaban en movimiento para trasportar provisiones y armas, Antonio y Cleopatra vivían en Samos entre festines, juegos y liviandades. Los bailarines, los tañedores de flauta, los histriones, habían acudido allí de toda el Asia, en tan crecido número, que Antonio les dió para recompensarlos toda una ciudad, la ciudad de Priene.

En Atenas, como en Samos, continuó la vida inimitable, y en esta ciudad fué donde consiguió, en fin, Cleopatra arrancar á Antonio el acta de divorcio con Octavia. Hízose saber en Roma, donde residía, y la virtuosa Octavia devoró en silencio su dolor y su vergüenza, y llevándose aun consigo los hijos de Fulvia salió de la casa, de donde el amo la echaba. Lloraba también á la idea de que los romanos pudieran mirarla como una de las causas de aquella guerra y tenía razón para creerlo así; pero entre aquellos dos ambiciosos la injuria de la noble dama apenas era un pretexto (32). Como ella, también lloraban muchos, que se habían habituado ya á la paz que Octavio hacía reinar en Italia.

Distraído de sus amores y de sus dulces cantos, el poeta favorito de Mecenas exclamaba:

«¡Oh nave! nuevas tempestades te llevan sobre las on-

campaña. Sin perder tiempo se trasladó á la ciudad de Efeso, donde se reunieron hasta ochocientos navíos, acompañado de la reina que dió para la empresa doscientas quillas, veinte mil talentos y todos los viveres necesarios para la expedición.

En vano los amigos de Antonio, Domicio y Planco, le representaron los inconvenientes de llevar consigo á Cleopatra y le instaron para que la enviara á su reino. La fatal princesa quería vigilar á su amante, y prevenir y evitar todo acomodamiento ó reconciliación entre los separados esposos: á fuerza de dinero ganó á Canidio y el viejo soldado persuadió á su general de la conveniencia de acompañarse de la reina, la cual habituada, como estaba, á los más arduos negocios de Estado, sería para él mejor consejero que todos los príncipes que seguían sus estandartes.

das. ¡Ah! ¿qué haces? Quédate en el puerto, asegurada en tus áncoras. ¿No ves tus costados sin remos y tus mástiles quebrantados por los vientos y tus antenas que crujen para romperse? Si no quieres ser juguete de los vientos, ten cuidado y evita las olas que baten las brillantes Cícladas» (1).

A Octavio le inquietó la prontitud de los preparativos de Antonio; porque los suyos no estaban terminados y toda Italia murmuraba contra nuevos impuestos que arrebataban á los ciudadanos la cuarta parte de sus rentas, y la octava de sus haberes á los libertos que poseían más de 50,000 dracmas. A dicha, hubo de acabar Antonio lentamente lo que había comenzado con una actividad que recordaba al antiguo teniente de César. El estío se deslizó entre fiestas y se aplazó necesariamente la guerra para el año siguiente.

Este aplazamiento valió á Octavio otra ventaja, la defección de muchos personajes de cuenta, que irritados de las indignidades de Cleopatra, volvieron luego á Italia. Entre estos estaban Planco y Ticio, ambos consulares. Planco echaba de ver á destiempo que la reina le había hecho desempeñar un papel indigno, cuando hubo de acceder á

(1) *O navis, referent in mare te novi  
Fluctus!* etc.

Horacio, *Od. I*, XIV.

presentarse en un festín, á pesar de su edad y sus respetos, con el cuerpo pintado de azul, la cabeza coronada de algas y arrastrando una cola de pez para representar al vivo á un dios marino. En el senado, dirigió desde su llegada reconvencciones é invectivas á Antonio. «Menester es, le dijo malignamente Coponio, menester es que Antonio haya cometido muchas infamias la víspera de tu alejamiento» (1).

Asinio Polión se respetó más. Como Octavio le instara á partir con él, Polión se negó á ello diciendo: «Los servicios que he prestado á Antonio son muy grandes; pero los que yo he recibido de él son más conocidos: no puedo, pues, combatirlo; esperaré el resultado de la lucha y seré botín del vencedor.»

Octavio había sabido por Planco que el testamento de Antonio estaba depositado en manos de las vestales: sustrájolo de allí y leyó al senado las cláusulas ó disposiciones que podían causar más irritación. Admitiendo Antonio que había habido unión legal entre Cleopatra y el dictador, reconocía á Cesarión como hijo legítimo y heredero de César; de modo que tomando este nombre, Octavio no era más que un usurpador, y todos sus actos, á contar de doce años atrás, eran ilegales. Renovaba la cesión hecha por él á la reina y á sus hijos de casi todos los países que tenía en su poder; y finalmente, renegando de su patria y de sus mayores, ordenaba que, aunque muriera á orillas del Tíber, se llevara su cuerpo á Alejandría al sepulcro de Cleopatra.

El senador Calvisio, exasperó también el enojo público refiriendo rasgos de la loca pasión de Antonio por aquella mujer, que no juraba ya sino por los decretos que daría pronto en el Capitolio, y no se dudaba ya de que quisiera darle la misma Roma, mientras hacía él de la capital de Egipto el asiento del imperio (2).

Los pocos amigos que le quedaban le enviaron á uno de ellos para informarlo del estado de la opinión y hacerle comprender sus intereses; pero Cleopatra abrumó de disgustos á este consejero de última hora, hasta que lo obligó á retirarse sin haber podido hablar á solas con Antonio. Y Silano y el historiador Delio tuvieron que huir para sustraerse de los lazos que la *mujer fatal* les tenía.

Cuando Octavio tuvo terminados sus preparativos, provocó un decreto del senado que despojaba á Antonio del consulado del año 31, y vestido de fercial, se trasladó al templo de Belona, donde cumplió todas las ceremonias acostumbradas en los antiguos tiempos para las declaraciones de guerra. Únicamente se nombró á la reina de Egipto.

«No es á Antonio ni á los romanos, á quienes vamos á combatir, decía Octavio, sino á esa funesta mujer que en el delirio de sus esperanzas y en la embriaguez de su fortuna, sueña la caída del Capitolio y los funerales del imperio.»

Declarar á Antonio enemigo público hubiera sido por otra parte envolver en la proscripción á todos los romanos que tenía á su lado y aun á todo su ejército; y era Octavio demasiado prudente para decir á diez y seis legiones que no tenían más alternativa que la victoria ó la muerte.

El 1.º de enero del 31 tomó posesión del consulado y se dió por colega, en lugar de Antonio, al bravo Valerio Mesala, al mismo que había batido en Filipos. El triunvirato había expirado la víspera y no había solicitado su renovación. «No era ya, se decía, el triunviro, que iba á pugnar

(1) Velejo Patérculo, II, 64. Mesala lo había abandonado antes que Planco «en cuanto vió que Antonio no era ya más que un esclavo de la egipcia» (Ap. *Bell. civ.* IV, 38).

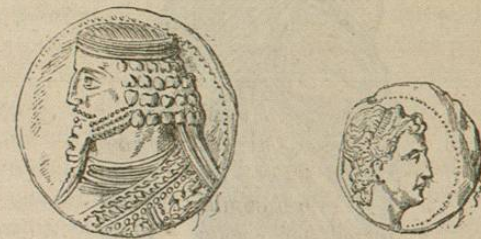
(2) Dion, I, 5; Plut. *Anton.* 64; Suet. *Octav.* 17.

por su causa, sino un cónsul del pueblo romano, que rodeado de los más respetables personajes del Estado marchaba en son de guerra contra el ministro de una reina extranjera.»

Antonio pasó el invierno de 32-31 en Patras. Era dueño de la Grecia, donde había reunido cien mil infantes y doce mil jinetes, y los reyes de Mauritania, de Comágene, de Capadocia y Paflagonia, un dinasta de Cilicia y un caudillo tracio, seguían en persona sus águilas. El Ponto, la Galacia, la Media, la Judea, un príncipe árabe y un jefe liconio, le habían enviado sendos cuerpos de auxiliares. Su armada naval constaba de quinientas quillas, navíos de guerra todos, y muchos de ellos de ocho y aun diez órdenes de remos; pero pesadamente construídos, mal gobernados y peor guarnecidos, por falta de remeros y no sobra de marinos.

Cuando se representaba á Antonio el mal estado de su armada: «¿Qué importan los marineros? decía. Mientras haya á bordo remos, y hombres en Grecia, no nos faltarán remeros.»

No todos los griegos estaban con él tampoco: Mantinea envió á los octavianos un contingente, que se batió en la



Frahates IV (Arsaces XV) (3) Tarcondimotos, rey de Cilicia.

jornada de Accio; y otros debieron de seguir este ejemplo, porque la común miseria de aquellos pueblos no les había dado sentimientos comunes.

Octavio no tenía más que ochenta mil infantes, doce mil caballos y sólo doscientos cincuenta barcos de orden inferior; pero la ligereza de estos cascos y la experiencia de sus marinos y soldados formados en la difícil guerra de Sexto, compensaban de sobra la inferioridad del número.

Mientras Octavio pasaba á Corcira, condujo Agripa la flota á Metone, en las costas del Peloponeso, para cortar los convoyes que llegaban de Egipto ó de Asia y reducir al hambre la inmensa multitud que la Grecia, demasiado pobre, no podía mantener. La ligereza de sus barcos le aseguraba la libertad de sus movimientos, y á la aproximación de una flota que parecía formidable, penetraba en todas partes, hasta en el golfo de Corinto, donde tomó á Patras, cuartel general de Antonio, y la isla de Léucade, centinela avanzado en el mar Jonio.

Esta guerra de escaramuzas fatigaba ya mucho al enemigo, todavía más numeroso; pero cuando el ejército de Octavio hubo desembarcado en la costa de Epiro, no lejos de las legiones antonianas, comenzaron las defecciones, bien que Antonio hubiera jurado ante las tropas dimitir, dos meses después de la victoria. Domicio dió la señal, y Deyotaro y Amintas, más tarde Filadelfo, siguieron su ejemplo. Antonio se creyó rodeado de traidores, y despertando su adormecida crueldad, hizo dar tormento y al fin muerte á un jefe árabe, Yamblico, y al senador Postumio. Hasta llegó á dudar de Cleopatra, sospechando que quería enve-

(3) Busto á la izquierda, cabeza diademada de Frahates IV, ó Arsaces XV, rey de los partos, del año 37 al año 1 de nuestra era. De una moneda del gabinete de Francia.